

## Goethe: su personalidad

Hacia el Clasicismo. 2ª etapa. Naturalismo.—

Un anhelo irrepresable de quietud y orden cada vez más acuciante, le impulsa a realizar con el Duque un 2º viaje a Suiza, que marca el comienzo de una nueva etapa en la evolución del Goethe de adentro y de fuera. Recorren un itinerario cargado de nostalgias para el poeta y con entusiasta ímpetu escalan el San Gotardo, donde ya se andan aires mediterráneos. El paisaje es immaculado y silencioso, acostado en quietudes inviolables.

Allí, con los ojos bañados de alma y el alma en vigilia y éxtasis, recibe la revelación del fáustico misterio de la naturaleza y de la vida. Abre, con apasionamiento y sed, todos los miraderos de su espíritu, el cual, dotado, como de un sexto sentido, del instinto de las profundidades, aprende a internarse hasta la vena de amor que fluye, celada y sensible, por el hondo de toda criatura. Todo el ser suyo entra en comunión con la naturaleza palpitante, cuyos mensajes capta en su tránsito ingravido por las brisas, y luminosamente entraña en el alma.

Y en su corazón entonces, se recoge en emoción y revibra el cantar de los cantares del universo, de la misma manera que en la caracola resuena todo el rumor del mar. Estudia las cosas en sí mismas, objetiva y entitivamente, con un ver que es todo penetración y sosiego, como las vieron los clásicos, recortadas en los ámbitos concretos, del panorama finito.

Y el poeta que hasta ahora sólo había cantado su mundo y su país, advierte que le apuntan alas, que sus sentimientos se le hacen más anchos y fuertes, y que le ha nacido, milagrosamente, el gozo, la visión y

el amor de la naturaleza. Siéntese hombre nórdico, lo que significa un paso más hacia la anchura de la universalidad.

A pesar de todo, él, cuya mirada iba siempre camino del corazón de las cosas, no halló nunca a Dios —presente y escondido en ellas al igual que en la blanca Hostia—, porque no quiso ungió nunca sus pupilas con esa gracia y luz celestes que tiene el mirar franciscano. Y el alma genial suya, que vibraba, deleitosamente inmersa en el cantar y fiesta del universo, al ritmo oceánico de las fuerzas vivas, no supo percibir —¡desventurada!— el latir divino de las criaturas, ese “no sé qué que quedan balbuciendo”...

Tal vez por faltarle este vuelo sobrenatural y porque hay exceso siempre, cuando hay eclosión de vidas nuevas, Goethe en esta admiración por la naturaleza se va al extremo y la torna casi casi investigación científica. Thí está su “Torcuato Tasso”, buen índice de su transformación. En él pretende conciliar al poeta con el hombre de las realidades. Todo su drama interno, otra vez, inmortalizado en unas páginas. Y ahí está “Ifigenia”, más falto aún de lírico temblor.

Regresado a Weimar, se satura de prosa, de esa prosa de la vida, que es cruda realidad. Se sumerge entre montones de papeles ministeriales. Reforma la industria y la explotación. Y hasta pone su ahinco y su afán en el estudio de la geología, mineralogía y osteología. Y como su mirada es siempre genial y penetradora de secretos, un día, al relámpago de una intuición suya, descubre el hueso intermaxilar del hombre; hecho que consagra su fama en los anales de la ciencia anatómica. He ahí cómo, un poeta, con su afinadísimo instrumental, hecho de la agilidad del vuc-

lo, sorprende lo que no habían conseguido hallar los hombres de ciencia, de mirada segura pero lenta, demasiado lenta.

### Hacia el clasicismo. 3ª etapa. Humanismo.—

Con todo, ¡Italia, Italia!... ¡¡Cómo atrae!!

Al fin, el 28-IX-1786, parte solo para el Sur. No me voy a detener en seguir el proceso de transformación por el que atravesó Goethe en el país de la belleza perfecta. A la vuelta de ese opulento festival artístico, viene su alma toda iluminada de claridades clásicas, de fervores renacentistas, en maravilloso equilibrio. Ha vivido unos días eternos en contacto con aquel espíritu que poseyó el don taumatúrgico de dictar norma a los sentimientos y dar pauta al hervor; de convertir el tumulto de piedra o de conceptos en Partenón y categoría aristotélica. Tanto, que consigue el arrebatado teutón, él mismo nos lo dice, "la unidad de su alma".

Renace de nuevo con esa visión intacta e ingenua de las cosas que se tiene al nacer por primera vez. Aunque su espíritu no se ha alzado un punto transcendentalmente. Al revés, al revés. Viene más pagano que nunca. Pero parece bajar, marcado con el sello de los dioses, de esa pura excelsitud artística, a la que muchos son los llamados pero los elegidos muy pocos.

### Postclasicismo. Schiller. Teatro.—

Trae, pues, un brillo milagroso en su inteligencia, recogido en el país de Miguel Angel. Pero por ahí anda otro poeta en florida juventud, con un replandor que le brota de su intimidad en llamas: ¡Schiller! Schiller, sí, el tumultuoso y arrebatado, que parece mirar con carbunclos incandescentes y que siempre le está quemando los labios una arenga revolucionaria. Sus dramas, por los que pasa un temblor apocalíptico, sacuden hasta las raíces el corazón de Alemania. Es ascua y torrente su verbo, llamarada que consume y se consume. El contacto de esos dos genios, antitéticos y, por lo mismo, comple-

mentarios, que a ambos beneficia, es el acontecimiento culminante para la literatura alemana.

Goethe trae consigo la maravilla de un soberano equilibrio de facultades creadoras. Schiller, aporta el fuego y la aventura de un lirismo ardoroso, bullente, revolucionador. Goethe busca lo verdadero y la hermosura fuera, en la vida; Schiller, en el fondo de su corazón. El primero aplica su oído a la pulsación del universo; el segundo, en cambio, escucha con emoción intensa el cantar de adentro. Aquel, vuelve a sentir el temblor del entusiasmo y el rapto líricos, mientras transfiere a su amigo serenidad y sentido de jerarquía. Para Schiller el pensar filosófico es necesidad y actuación natural de su temperamento; Goethe tenía horror a los sistemas, a los silogismos: intuía, calando apariencias, de una mirada genial, hasta las profundidades intactas. Schiller, en suma, como se ha dicho muy bien, es la imprevisora cigarra de la fábula; y Goethe, la hormiga laboriosa con alas musicales de cigarra. El contacto producirá un vuelo perfecto, vuelo lírico pautado en armonías y ritmos.

"La amistad con Schiller —consigna Goethe— fué para mí una nueva primavera en la que todo germinaba alegremente, lo uno junto a lo otro, y echaba afuera capullos y ramas". Y ambos se recortan, como dos excelsitudes señeras, cara al azul glorioso de la genialidad, radiantes y magníficos, aunque siempre Goethe culmina mayores alturas. "Va muy por delante de mí —suspira Schiller— jamás nos encontraremos". Y por su parte Goethe, al morir su entrañable amigo, escribe temblorosamente: "He perdido con Schiller la mitad de mí mismo".

Llenos de luminosas experiencias estéticas, con un sentido especial para la percepción de la belleza, y un teatro propio, elevan la escena alemana a la altura que no conoció ni antes ni ahora. Siendo el arte teatral una brillante fusión de todas las artes: pintura, música, poesía, arquitectura, plástica, inerte y viva..., imagináos a qué grado de perfección y dignidad llegaría bajo la dirección e impulso de Goethe que las señoreaba a todas y en todas ponía su se-

llo único, y bajo el soplo del alma de Schiller, con su trascendente concepción del drama hacia fines que rebasaban su propia personalidad, y el fuego suyo, incontenible, "schilleriano", que todo lo inflamaba.

Desde Weimar ejercen los dos avasallante función rectora sobre el teatro alemán y, por medio de éste, en el gusto artístico de Europa entera.

Mientras Goethe no interrumpe sus excursiones artísticas y científicas por el país. Hasta doce veces va a Karlsbad, foco de sapiencia, donde brilla con luz polar en medio de aquella resplandeciente constelación de inteligencias de primera magnitud, como los hermanos Humboldt, Fichte, Hegel, Schlegel, Schellin.

En Jena, que es el cerebro de Weimar, depurado Goethe con la llama schilleriana, produce "Herman y Dorotea", ese idilio incomparable, donde se fusionan la Biblia y la Odisea, el Romanticismo y el Clasicismo, y todas las resplandecientes facultades del genio, todos sus estadios y posturas, siendo, en suma, la más auténtica criatura de la personalidad goethiana, que ya ha culminado su estructura perfecta, cada día más grande, más fuerte y más suya.

En 1793 estalla la Revolución Francesa, el gran dequiciamiento. Sorprende a nuestro poeta en la elaboración de su "Teoría de los colores", en donde refuta a Newton, y de su "Metamorfosis de las plantas" en que aplica plenamente su doctrina del modelo primigenio, en este caso, la flor arquetípica de que derivan todas.

Todo Goethe se revuelve contra ese monstruoso caos "más vale la injusticia —ha dicho él— que el desorden", en nombre de la naturaleza, de su alma y de su vida, y, sobre todo, de su personalidad. La Revolución proclama la libertad de las masas, es decir, el libertinaje de los instintos, es decir, la ruina de la personalidad.

En el frente, Goethe se comporta como un sufrido soldado. Y entre estallidos y sangre, este espíritu singular que ha sabido contruirse mansión de calma inviolable, estudia, lee, escribe..., como si tal cosa. A su regreso, da conferencias teorémicas sobre los colores del prisma, ante los

sabios de Jena.

Más tarde, Prusia declara la guerra a Napoleón. Carlos Augusto se va con Prusia. Pero al lado del Gran Corso se coloca Goethe, al lado del vencedor de su patria, enardecida de fervor nacional. Algunos para absolverle este pecado negrísimo de apostasía patria, han invocado, con entonación casi sacramental, en favor de Goethe, los imperativos categóricos de su personalidad, a la que siempre sacrificó todo con monstruoso egoísmo. Aun los sentimientos más puros, más abincados en el alma y más santos. Como lo son los deberes patrios. Como lo es el amor a la madre. Once años llevaba sin apenas relacionarse con ella, y al morir, el 13-IX-1808, Goethe, absorbido en los preparativos del Congreso de Erfurt, no derrama ni una lágrima ni deja en sus confidencias un rastro tan siquiera de su dolor filial. ante la más grande, la única desgracia que a un hijo puede suceder: la muerte de su madre.

Y nosotros, con toda nuestra vibrante admiración a su genio y a su obra, no podemos aprobar este crimen inmenso, ni ese otro —¿mayor aún?— de elaborarse a su capricho una fórmula religiosa, como un aglutinante más de su personalidad, cuando debía haber sido estrella altísima en su camino por la vida, orientación suprema para dictarle trayectoria a toda su gigante realización, divino amor, en fin, y pasión celeste, que traspasara de replandores sobrenaturales los fulgores puramente humanos de su figura artística.

Catorce días después se inauguraba el Congreso de Erfurt, donde va a tomar nuevo sesgo la trayectoria política de Europa. Allí están, además del Emperador, el Zar de Rusia, cuatro reyes y treinta y cuatro príncipes. Hay un momento oceánico. Aquel en que Goethe y Napoleón se enfrentan. Napoleón, el gran conector del alma humana, le clava su mirada penetrante y formula estas solas palabras: "¡Vous êtes un homme!" Se han abordado innumerables glosarios a esta frase imperial. Tal vez se recoja en ella toda la grandeza y la pequeñez de Goethe. "Sois un hombre", es decir, todo un hombre. Y también, nada más que un hombre.

Clausurado el Congreso, reparte su vida entre Jena y Karlsbad. En esta última, sobre todo, se diserta sobre altos problemas estéticos, en los que siempre Goethe descucella, en un ambiente aristocrático de próceres de la nobleza y de la malicia. Todos escuchan fascinados al gran poeta. Sin embargo, es éste un período de desmedulación y amaneramiento en su estilo creador. Se consume en él lo que Ortega y Gasset ha llamado su "ifigenización", iniciada en Weimar.

Viaja incansablemente y, sin perder coyuntura, conversa con los valores más significados de su tiempo. Hasta con Beethoven, el del alma atormentada y en torbellino, con el cual no llega a entenderse, por eso precisamente, por ese arrebató pasional del que Goethe hace ya tanto tiempo que se liberó. No le complace su vehemencia musical. Prefiere la de reposados ritmos, sedante música de Mozart.

En 1812, otra vez la guerra y esta vez la victoria de Alemania, que vibra de enardecimiento patrio. Goethe, ostensiblemente se aísla, se encierra en su soledad sonora, refugiándose en la poesía oriental. Es cuando escribe "Diván de Oriente y Occidente". Se hace poeta mundial desnacionalizándose; al revés opuestamente de nuestros entrañables poetas hispanos, como Lope de Vega, por ejemplo. Es destituido de los cargos oficiales. Tiene 70 años.

Y ahora, precisamente ahora, es cuando más joven se siente y más libre el vuelo. Comienza a llenarse de claridad universal hacia horizontes difinitivos. Hasta los angustiosos gritos de Byron, que pasan agitando a Europa, a él también, ya senescente, le estremecen el alma. Un desgano del corazón, el último de su vida, motiva "La elegía de Marienbad" de Beethoven. Y tiene una tan honda sentimentalidad lírica —remansado dolor de sonata— que sus páginas no pueden marchitarse nunca. Otra vez más, la postrera, transfundiendo sus angustias al papel, se ha liberado de sus mordeduras.

#### **Apoteosis del poeta. Universalidad.—**

su definitiva etapa, glorificada y lu-  
Desde este momento comienza ya

minosa, hacia los afectos elevados, cuando podían anidar en aquel corazón. Sus amigos le rodean de un ambiente cordial. Sobre todos Eckermann, que está lleno de ternura hacia el anciano. Celebran veladas inolvidables, en las que se entreverá el exquisito rumor de las conversaciones eruditas con el nostálgico soñar del piano, que dulcifica las últimas rebeliones internas que aún le conturban las zonas crepusculares del alma.

Para él, cuando va a hablar, hay un silencio casi sagrado, sacramental casi, a fin de absorber luz, a luz, revelación a revelación, el henchido raudal de ciencia del arte y de la vida, que fluye borbollando deliciosamente por sus labios temblorosos, desde el tesoro de un corazón millonario de riquezas de hermosura.

He aquí, pues, a nuestro anciano venerable, poeta del mundo, cuyas creaciones, más que ninguna el Fausto, concluida cuando se va a concluir su vida, son acogidas con delirante admiración. Es la obra, sin disputa ninguna, más profunda y más vasta de su potencia creadora inmensa y genial. La obra cumbre de Goethe, donde se vuelcan, a lo largo de una lenta y entrañable elaboración de 60 años, todos los tesoros intelectuales, artísticos y humanos del sumo poeta.

No es necesario delinear aquí la trama tan compleja y tan rica de la obra universalmente conocida. Ni tampoco insistir sobre su carácter simbólico, portadora, en fin de cuentas, de la inquietud y "fáustica" insaciabilidad del pobre gran Goethe. Toda la grandeza del espíritu humano por sus ambiciones infinitas de saber, está ahí. Y toda su tortura, también. Porque "no hay peor tormento —dice el mismo Goethe por boca de Fausto— que sentir, en plena riqueza, lo que nos falta". (II<sup>o</sup> P., acto 5<sup>o</sup> vv. 11.251 ss.)

Pero el Fausto quedará siempre como criatura cumbre del genio goethiano. Cientos y cientos de libros de las mejores plumas y cerebros glosan sus dichos sapienciales, se hacen rapsodas de sus criaturas vivas, desentrañan e interpretan sus inacabables tesoros lingüísticos, psicológicos, éticos, de ciencia y arte, de vida y hondura, de geniales y penetrado-

ras intuiciones, en todos sus aspectos y formas de belleza, de esa belleza goethiana hecha de vida palpitante.

Para Alemania, cuyo representante máximo e impulsor cultural es de la misma manera que Aquiles es la Hélade en marcha, Goethe constituye una altísima gloria nacional. Y un valor sumo y múltiple, para el mundo entero.

Colocado en el engarce de un crepúsculo y de una aurora, de un siglo que perece y otro que se abre a la vida, de una senescente literatura a la que arrolla otra, juvenil, Goethe realiza la fusión de ambas corrientes y se hace, él mismo, resumen vivo e irradiador de la literatura universal en flor de poesía, reuniendo la suya el encanto y la gracia infantil de Homero, la inquietud y el indefinido anhelar de nuestro Antonio Machado "soñando caminos de la tarde"... la arquitectónica armonía y calma de los clásicos y la agilidad y sugerencia finísima de los tiempos nuevos...

Y aún más, mucho más.

Fué su sueño imposible, trascendiendo diferenciaciones someras y accesorias —pues para él las literaturas hacen Literatura, como los árboles forman el bosque—, llegar a la forja de una literatura, universal en sus ámbitos, y primigenia en sus esencias creacionales.

Nadie como él, si ello fuera hacedero, pudiera realizarlo. Nadie como él, que hizo la infinita travesía, desde el hervor y la angustia románticos, a través de incontables y doloridas singladuras, hasta arribar a las playas de luz y calma de la perfección clásica, eterna. Hasta llegar, en la postrera madurez, a producir con un esfuerzo ya sin dolor; esfuerzo sin esfuerzo del rosal para florecer...

Nadie como él, dotado del espíritu de síntesis, por el que se encarama pronto a las atalayas de las grandes concepciones generalizadoras, y del espíritu de análisis, tan auténticamente goethiano, que le inclina a mirar con amorosa y comprendedora humanidad hasta los más frágiles latidos de vida de la última criatura dondequiera que palpita. Para esas pupilas geniales, que se apoderan ensuñada de la plenitud objetiva de

cada imagen, no hay disociación alguna entre el mundo de los conocimientos sensibles y el de las ideas abstractas. Todo en él se ensambla y anima, se funde en su visión, y eso es lo que da a su poesía un encanto particular y único.

Poseyó una filosofía en flor de poesía, ya que evadiéndose de los embarazos de las individualidades, busca a todo su esencia y a cada criatura su conexión con todo el universo. Y una poesía unguida de rocíos metafísicos, ya que su himno lírico es de canción a las formas, es amor a las imágenes de hermosura, es búsqueda, captación y plasmación de cosas y criaturas reales, individuales y concretas, palpitando en el hervoroso oleaje de la vida en vibración. "Poesía y Verdad", tituló, certeramente, su autobiografía.

Filósofo, en fin, con entendimiento de hermosura.

Poeta unguido de todas las floraciones estéticas, en su subir incansable a la cumbre augusta de la personalidad. Poeta que guarda en la gruta de su corazón y en el corazón de su alma las orquestaciones sentimentales que le han llegado a él de las almas de todos los poetas. Por eso su obra está transida de olor, tolor y sabor a humanidad. Tal vez sea ese el sumo y más simpático valor de su personalidad: su comprensión amorosa y estima de las palpitaciones artísticas de todos, desde el balbuceo hasta el ritmo exacto y concluído.

Por eso a Weimar peregrinan todos los valores en promesa o en realidad: los fautores del romanticismo que estremece a Francia; los filósofos alemanes, hasta el racionalista del pesimismo, Schopenhauer; los hombres de ciencia y de arte. Y de todos los puntos de la rosa de los vientos, de todas las tendencias literarias, afluyen a las manos de Goethe los libros de folklore, que son la entraña del pueblo, los objetos de arte e historia, los ensayos de los magos del verbo, todas las vibraciones vitales de la contemporánea literatura.

El acoge con entrañable efecto, y ayuda de gramáticas elementales, de su genial intuición, sobre todo, acendrada de simpatía, interpreta y palpita con alma y emoción, al ritmo

de todas las vivencias líricas; aconseja, dirige, alienta e influye de un modo efectivo en el sesgo de las Bellas Letras. Y puesto que comprender es igualarse al comprendido, esta alma privilegiada y única, además de lo grande que se ha ido haciendo en sus ámbitos propios, adquiere ahora anchurosidad de todo el universo con todas sus plenitudes bellas; porque el mundo todo, entrañablemente, emocionalmente, ya es paisaje íntimo suyo, goethiano. Paisaje infinito, donde le cantan las aves todos los países, donde las criaturas se hacen el amor y cada ser trenza conmovido diálogo con los otros, en un misterioso temblor de anunciación de un nuevo evangelio de hermosura...

Qué largo camino desde aquella poesía de su juventud, sentimental y melancólica, de jardines lejanos, arias tristes y baladas de primavera, a esta armónica estructura de versos equilibrados, sobrios, clarificados de sencillez...

Sin embargo, en toda su vida y en su obra literaria —pena inmensa es, pero hay que decirlo— Goethe es un inmoral, esclavo del vicio, pagano en cuerpo y alma, enemigo de la cruz de Cristo y del Cristianismo, sin sobrenaturalidad alguna, sin miradas al más allá...

Entre Goethe y el santo hay una distancia exactamente tan enorme como la que va de lo puro a lo manchado, de lo celeste al barro, que, según la inmortal explicación, son lo mismo, pero todo lo contrario.

Fascinado y aturdido en medio del rumor festival de las aguas fluviales de la vida —“nuestras vidas son los ríos...”— dice el decir manriqueano, no se apercebía que se entraba, empobrecido de valores esenciales, en el mar, que es morir.

¡Morir!

Le tenía un pavor casi místico a la muerte, porque quiérase o no, ella es el umbral de los mundos del más allá, los que no quiso avizorar nunca. “Su mirada —consigna el médico de cabecera— expresaba el más pavoroso miedo a la muerte. Un mie-

do y una inquietud terribles agitaban al anciano”.

Fué el 22 de marzo de 1832. Por la mañana.

Momentos antes de embarcarse para la otra orilla del anhelo, cuando ya su alma está entrando en el misterio tremendo del tránsito, Goethe, analiza, al microscopio, un poco de tierra. ¡Qué exacto símbolo! Sorprendería, sin duda, tesoros de maravillas, pues Dios los ha ocultado en cada célula viva y Goethe tuvo una milagrosa luz penetradora. Y esa es toda su grandeza. Y toda su inmensa pequeñez. Al fin, ¡un puñado de polvo! No vió, no quiso mirar nunca las realidades sobrenaturales, el universo de la gracia de Dios. Cuánta verdad aquellos versos de nuestro Machado:

...“Ojos que a la luz se abrieron un día, para, después, ciegos tornar a la tierra hartos de mirar sin ver”.

Su obra —podemos decirlo— está paradójicamente, llena de ausencia, y él, aun como hombre, en sus creaciones y en su personalidad, anduvo lejos de la perfección ejemplar e ideal, no alcanzó la plenitud de plenitudes, no pudo aureolarse con la gloria celeste, excelsa, la única inmarcesible, como al principio dijimos, así en la tierra como en el cielo.

Ved, si no, la inmensa ignorancia de su sabiduría: Un maestro de cualquiera de nuestras católicas escuelas de párvulos: —“A ver, niño, ¿cual es la misión del hombre sobre la tierra”? El niño, reponiendo al maestro: —“La de servir a Dios, para gozarle eternamente”. Goethe, ante el mismo interrogante: “¿Adónde va? ¿Quién lo sabe! ¡Apenas recuerda de dónde viene!” (Egmont).

Su nombre, únicamente como poeta, ha quedado escrito entre humanos replandores en las páginas doradas de la Fama. Pero JESUS nos dijo que nos alegráramos si se nos inscribía en el Libro de la Vida.

Caracas, noviembre de 1949

CARMELO SALVATIERRA S. J.